

La historia del Naya
contada por Malanga y Mula

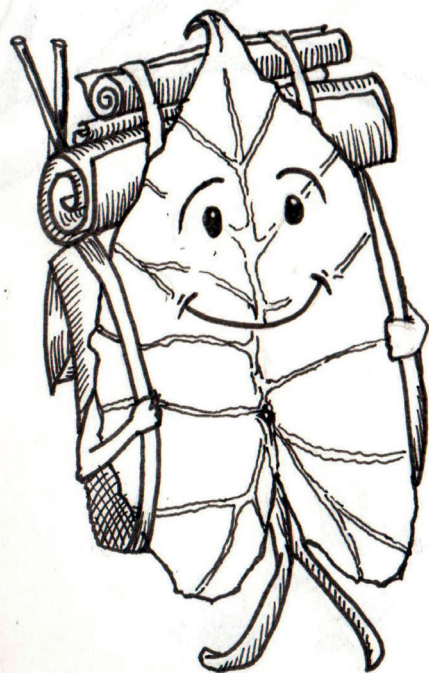
¡Hola, amigos!

Esta es la historia de Malanga y Mula, dos grandes protagonistas y habitantes del Naya. Ellos nos comparten su viaje histórico al Naya, el poblamiento, la historia y algo de su actualidad. Los invito a descubrir un pasado que se hace presente en cada amanecer.

El Alto Naya de antes ya no será lo que fue. La memoria recogida por Malanga

¡Hola, niños y niñas! Ustedes me conocen como Malanga, un alimento propio del Naya; a algunos les gusto y a otros les soy indiferente; nos encontramos a la hora en que la familia se alimenta, algunas veces en el almuerzo y otras en la cena.

Soy más que un aburrido tubérculo, que comparan con la papa y la yuca; quiero presentarme como testigo y prueba de una sorprendente aventura que emprendieron los primeros hombres y mujeres que entraron en las montañas de la región denominada Alto Naya.



Para empezar, quiero aclarar que el Alto Naya ya no es como cuando me trajeron; ahora hay caminos, mulas y, lo más importante, nayeros y nayeras, que han sido los encargados de sembrarme y cultivarme durante más de medio siglo, y aunque ahora casi no me cultivan, los mayores han sido los encargados de conservar la costumbre.

Pero bueno, entrando en materia, ustedes se preguntarán: ¿cómo llegaron al Naya estos hombres y mujeres? ¿A quién se le ocurrió ir para el Naya y por qué? Espero que lo que narre a continuación pueda aclarar todas estas preguntas, y lo más importante, que surjan otras cuántas que puedan discutir con sus padres y profesores.

Como en el resto de Colombia, en el Cauca y en el Valle del Cauca, la tierra nunca ha sido bien repartida; los patrones o terratenientes tenían muchos terrenos y “alquilaban” un pedazo dentro de sus haciendas —que se llamaba *encierro*— para que los indígenas y campesinos sin tierra vivieran y sembraran; a cambio, estos trabajaban gratis para los dueños unos días o daban una cuota de lo sembrado. Eso se llamaba “pagar terraje” y a esas personas se les llamaba “terrazgueros”.

Al problema de la tierra se le sumaba la violencia, que para la década de los cincuenta era generada por el enfrentamiento entre liberales y conservadores. Los hombres y mujeres nayeras más ancianos se acuerdan del miedo que

producían los Pájaros, que era un grupo del partido conservador que persiguió a mucha gente. Así fue como miles de personas empezaron a huir del lugar donde vivían y habían nacido, para escapar de la violencia y buscar mejores condiciones de subsistencia. Por esas situaciones de trabajo y amenazas de muerte fue que muchos colombianos, en especial caucanos, decidieron desplazarse a otras tierras, que entre más escondidas, eran más favorables.

Fotografía 5. Habitantes del Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto.

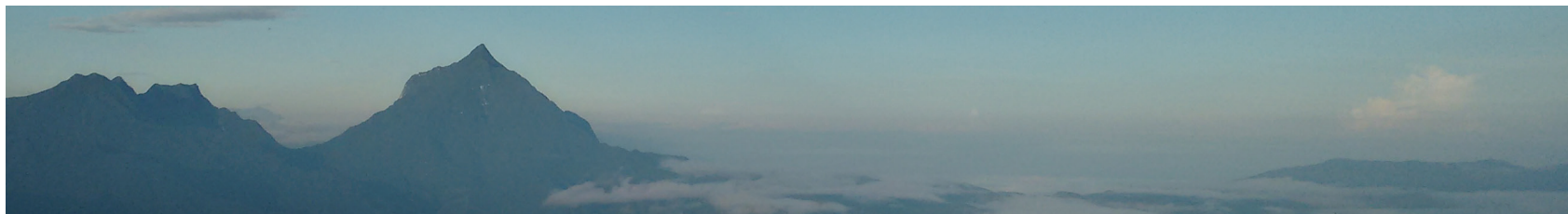
Por otra parte, si la situación de los colombianos mestizos era difícil, la de los indígenas era más ardua, por pertenecer a un pueblo que desde la conquista española ha sido esclavizado, maltratado e invisibilizado por los que han dominado y tenido el poder, y han desconocido sus prácticas y costumbres. Durante años, a los pueblos indígenas les prohibieron hablar sus lenguas y fueron desterrados y marginados poco a poco de sus tierras, situación que aún en la actualidad no ha sido resuelta.

Estas problemáticas influyeron en las motivaciones de muchas personas para ponerse en la búsqueda de tierras que no tuvieran dueño y pudieran ser trabajadas. Entre esas personas se encuentra don Apolinar Guasaquillo, que me cargó en su espalda hasta estas tierras y recuerda cómo se abrieron los caminos al Alto Naya:

“Éramos siete nosotros, el finado Francisco Bisconda, don Rafael Bisconda, Rafael Valencia, mi persona... este Juan José, Luciano y... ¿cómo es que se llamaba este viejito?, ¡se me olvidó el nombre de este viejito! En todo caso fuimos siete...” (A. Guasaquillo, comunicación personal, 2015)

En la década de los cincuenta, siete personas me trajeron al Naya; entre la selva espesa, animales peligrosos y oscuras noches, aquellas emprendieron un viaje que cambió su vida y la de muchos otros, incluso de los que vendrían después (por ejemplo, las vidas de ustedes, que si están leyendo este texto es porque tienen alguna relación con el Naya; por lo tanto, no solo es mi historia, sino la de ustedes). ¿Les inquieta saber cómo fue su travesía? ¿Cómo abrieron trocha y atravesaron ríos? ¿De dónde salieron y a dónde llegaron? Agárrense de la silla, que ahí va la historia.

Fotografía 6. Paisaje Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto

Estos hombres partieron del Valle del Cauca. En Villa Colombia y en sus cercanías trabajaban por temporadas como jornaleros, en fincas y en aserraderos, hasta que se apareció el finado Francisco Bisconda (Pacho), un hombre aventurero, con la idea de buscar tierras donde trabajar. La opción fue empezar a adentrarse en el monte, y comenzaron por un lugar conocido como el Palmar. En el primer viaje llegaron hasta un punto conocido como la Junta, y en el primer asentamiento, con hacha y machete, tumbaron selva y abrieron un pequeño camino. Mejoraron el terreno para sembrar y demoraron un año, comenta quien me traía en la espalda:

El primer tumbé que hicimos fue en la Junta; ahí se nos acabó la comida y tuvimos que devolvemos de ahí, otra vez a hacer la remesita y poder volver a la Junta. Allí hubo comidita ya, y el finado y yo llevamos comidita y lo de la remesita y de ahí ya brincamos Sabaleta, el río Sabaleta. Ahí ya comenzó el finado Pacho a buscar trocha, hasta que bajó por ahí... ya como al año y medio, otra vez salimos a Pico de Loro y allá estuvimos como dos años, dos años y medio. (A. Guasaquillo, comunicación personal, 2015)

Fotografía 7. Habitantes del Alto Naya



Fuente: fotografía donada por la comunidad.

La historia nos muestra que entrar al Naya no costó días ni meses, sino años. De esa forma, y en repetidas ocasiones, estos hombres tuvieron que adentrarse en la selva, durar algún tiempo, y en ocasiones años, para trabajar y salir a conseguir elementos básicos para la vida en el territorio, como la sal.

Quiero contarles un recuerdo que quizá no se pueda conocer por otro medio, sino gracias a este relato: se trata de cómo don Pacho cruzó el río Pico de Loro. Por más aventurero que fuera, y con todo su empuje y deseos de tierra, en el agua no le iba nada bien; sucedía que no sabía nadar, lo cual, en una región como el Alto Naya, bañada por grandes y caudalosos ríos, puede ser una desventaja. No obstante, esta situación se resolvió de la siguiente forma:

Fuimos bajando, ya el finado Pacho ya se cruzó el río Pico de Loro y de ahí ya él cruzó pal otro lado y de ahí ya fuimos pasando ya nos tocó ir a pasar el río... lo amarramos (a Pacho) de por aquí (cintura) y él allá parado en una piedra alta y... nosotros del otro lado colgamos en una horqueta el lazo para que él no se fuera a hundir y nosotros lo jalamos para que tuviera la cabeza alta po' allá, él no nadaba, él era prendido del lazo nomás y nosotros sí pasamos nadando, nosotros sí sabíamos nadar todos. Pasamos con la maletica ahí, la ropita en la espalda para el otro lado, y ya la remesita que llevábamos, como llevábamos lazo largo, la amarramos, y ya el otro lo jaló y bueno pasamos, eso nos costaba duro oiga, así nos fuimos yendo todos. (A. Guasaquillo, comunicación personal, 2015)

Fotografía 8. Paisaje Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto.

Ahí me mojé yo también, pero eso no impidió que a la espalda de estos aventureros entrara para ser sembrada en estas fértiles tierras. ¡Y por fin llegué! Luego de siete años de salidas y entradas, de atravesar ríos, de subir y bajar montañas,

de pasar colgados en grandes peñas, estos hombres que me traían junto a mis hermanos (la yuca y el plátano) nos arrojaron a buena tierra, para crecer de manera natural. Así se fundó La Playa y otras veredas más, según cuenta quién me entró:

Ya bajamos hasta la Playa y pasamos ahí en la Playa El Santa, hicimos de acá de donde dicen el charco Cimarrónal, de ahí de La Playa pa' abajito, hay un charco ahí, una playa grande lo que es ahora de don Bernardo Suárez, por ahí hicimos el rancho, ahí encontramos un plan bueno y... ¡era un monte limpio pues, limpio! Y esa montaña limpia y uno se paraba por ahí, y de ahí se veían las pavas, los animales correr por ahí para abajo, muchos animales había ahí, habían tatabros, gugua, guatín, venados, ¡esas pavas!, gallinetas, pajuiles.

Nosotros dijimos “aquí no más porque aquí no más hay de que sostenernos”. Bueno ahí tumbamos una hectárea, llevamos nosotros colinitos de platanitos chiquiticos así (señala su dedo índice) colinito de mazorquita así, colinitos de yuca así, todos los siete cargados y la remesita. Alcanzamos a tumbar la hectárea y ya el finado Pacho llevaba como unas cinco libras de maíz y ahí mismo regamos todo eso, llevábamos hacha, machete y barretón. Bueno y ya hicimos el trabajo en la semana cómo éramos siete siempre tumbamos la hectárea rápido. (A. Guasaquillo, comunicación personal, 2015)

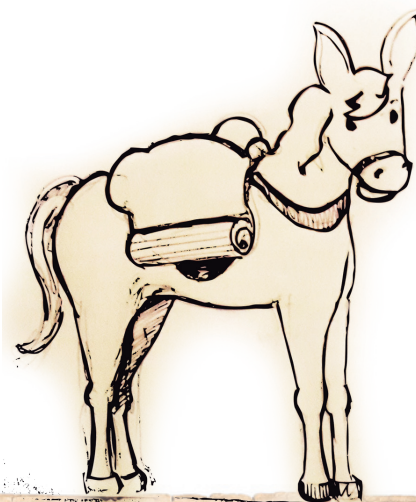
Amigos y amigas: así fue que llegué a la región del Alto Naya. Me despido con esta pequeña historia, y ojalá les haya dado una ilustración sobre el poblamiento. Los invitó a seguir en el viaje con nuestra amiga incondicional, la mula, quién les contará otras cosas del territorio del Naya, donde habitamos después de más de cinco décadas.

¡A lomo de Mula conoceremos el resto de la historia del Naya!

Gracias, Malanga, por compartir tu viaje hasta el Alto Naya; ahora ya sé por qué y cómo vine a dar a este lugar, para ayudar a los nayeros; aquellos que entraron a vivir aquí, a colaborar con los trabajos del campo y a agilizar el tránsito de las personas que salen y entran de este territorio.

Fui invitada para contar el resto de la historia. Si bien es cierto que los indígenas fueron los primeros en llegar al Alto Naya, no debemos olvidar que el río fue el hogar de los afros hacia el Bajo Naya. Sin embargo, con don Pacho y don Apolinar, las aventuras no cesaron al llegar a La Playa, sino que se fueron hasta los límites con el Bajo Naya, en busca de un amigo de Buenaventura, que los había invitado a pasear a lo que se llama actualmente Concepción.

Entonces, estos dos personajes emprendieron su marcha, abriendo trocha por lo que ahora se conoce como La Mina, Riecito y El refugio, hasta llegar al Saltillo. Miren lo que me contó don Apolinar:



Bajamos por ahí con una trocha, no, y allá nos encontramos una rastrojera ¡grandísima! y hallamos unos tarros grandes llenos de maíz y dijimos: “por aquí van a estar, quién sabe la gente que se hará”; y nosotros, también asustados, nosotros asustados y dijimos: “¿Bueno y esto qué?” “Bueno, en todo caso, nosotros vamos a recogerlo”, dijo (Pacho): “bueno pero, hombre, todos estos tarros de maíz por aquí ¡qué! y nadie por ahí”. Bueno y ya nosotros llegamos a la orilla del río y estuvimos ahí bañándonos, estuvimos por ahí mirando pa’ abajo, porque de ahí para abajo no había por dónde salir, del Saltillo ya no había pa’ donde era peña pa’ acá y peña pa’ allá, no hay por

dónde... nosotros pa' dónde cogemos si estamos ahí. Entonces nos quedamos, al otro día cuando el finado Pacho estaba sentado por ahí en una piedra, cuando dijo él: "oiga abajo yo vi una cosa que pasó como una sombra para el otro lado eso ¿qué será?". Entonces nosotros nos quedamos mirando y miré y miré cuando más arriba dijo: "vea más arriba pasó pa' acá otra vez al pal otro lado". Dije yo: "eso son los negros uggg". [Y] dijo: "quién sabe qué será, se imagina que nos coman esos negros por acá" (risas), nosotros asustados ahí. Bueno, pues ellos también asustados, pero siempre subieron a donde estábamos nosotros... llegaron ahí, bueno, y ya nos preguntaron qué pa dónde íbamos, entonces nosotros les

Fotografía 9. Paisaje Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto.

Fotografía 10. Vida en el Alto Naya



Fuente: fotografía donada por la comunidad del Alto Naya.

dijimos que íbamos para Concepción nosotros siempre... antes un negro nosotros como por aquí entramos cuando íbamos pa' Buenaventura, entonces conocíamos a un negro que se llamaba Nicolás Ángulo, entonces él se hizo amigo con nosotros en Buenaventura.

"Yo tengo la familia en Concepción", dijo él, "yo tengo ganas de ir pa' allá, vayan ustedes a pasear allá y si de pronto se ven muy acosados, de pronto no hay cómo mandarle razón con alguno, corten un palo y échenlo (al río) y allá lo recibimos, allá baja, y yo sé que allá hay gente". Entonces subimos a ver. El palo era el mensajero (risas), y de verdad así fue y, bueno, ya subieron esos negros, ahí ellos llegaron y se quedaron viendo y dijeron:

“¿ustedes no tienen de qué comer?” y nosotros dijimos: “no”. Ellos asustados y nosotros también y se devolvieron por ahí mismo otra vez, entonces yo les dije “oiga, ¿ustedes conocen a un tal Nicolás Ángulo?”, [y] dijeron: “sí, díganle que nos haga el favor, que nosotros estamos aquí, que somos amigos de Buenaventura, que estuvimos conversando él”.

Nicolás era inspector de ahí de Concepción. Entonces ya bajaron el río, dijeron: “ya arriba hay gente forastera, pero son indios”. Nosotros ahí mismo llegamos y nos devolvimos, y preguntaron fue a Nicolás, que subiera, y ahí mismo Nicolás dijo: “entonces como esos son negros, dicen es ‘compadre’”. Entonces dijo: “mi compadre que está allá”, y como ellos tenían una lancha, echaron esa lancha por delante, y por ahí como a la hora y media subieron. Nicolás nos llevó una canasta de gaseosa, pan y esas masas que ellos dicen “camillas”, eso llevaron como un atado y nos llevaron unas sardinas y nos dieron de comer y ahí mismo se echó pa’ abajo el negro, muy contento, siempre él nos dio la mano ahí. Y así fue, y dimos la vuelta por Buenaventura y llegamos aquí otra vez. (A. Guasaquillo, comunicación personal, 2015)

Fotografía 11. Paisaje Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto

Me parece muy gracioso, y de hecho así también lo cuenta don Apolinar. El encuentro de dos mundos culturales que se temían mutuamente fue unido por un río, el Río Naya. Después de ese encuentro, las relaciones entre indígenas y afros se fortalecieron y se empezó a trabajar de manera conjunta para hacer crecer las veredas Los Caminos y Los Amigos.

Pero hasta ahora la historia está incompleta, falta gente por nombrar, adivinen quiénes eran. Pues sí, los campesinos. Como les contó la Malanga, en Colombia la tierra nunca ha alcanzado para todos. La violencia ha velado para que la estructura se mantenga, sea inamovible y en muchos casos empobrezca a personas por la dinámica de los modelos económicos. Así como con los indígenas, los campesinos han sido otro grupo de población sin tierra, en algunos casos porque han sido removidos de sus tierras o porque nunca han tenido parcelas propias para trabajar. Al llegar el rumor de la fertilidad de las tierras en

el Alto Naya, muchas familias decidieron dirigirse hacia el lugar. En busca de esas tierras prometidas partieron doña Tránsito y don Marcelo. Aunque su padre ya había entrado en el Naya, este decidió partir por el relato de su progenitor:

“Vea, mijo, allá (Naya) no hay necesidad de joderse como acá, que desyerbando las matas, que siempre que espere un año para que haya comida, no, allá a los seis meses ya hay comida, se da la gallina, se da el marrano, ¡qué será lo que no se da allá!”. Y entonces le dijo a ella (Tránsito): “pues si quiere armamos viaje y nos vamos”, y ella con tres muchachos y cogió esos muchachitos y se fue caramba, a mí me dijo solo, a ella no le dio nada y dijo: “bueno, vamos”. Se llevaron a las hijas que estaban en Pereira y entonces la llevó a ella para que le ayudara a cargar y pobrecita. La mujer con esas maletas cargadas, llevaban la ropita, la comida, llevaba la maleta y al lado del niño y la otra cargando a los pequeñitos (risas), que era la riqueza de uno, los hijos. Esa era la riqueza, los niños. (Dagua, comunicación personal, 2015)



Así como lo leen, hay muchas historias de familias que decidieron llegar y quedarse en el Naya. ¿Por qué?, se preguntarán todos. La respuesta es clara y concreta: en el Naya había tierra; si el problema en el Cauca y el Valle era la tierra, en el Naya nunca lo fue; era abundante, sin dueño y fértil. Solo quienes se unieran a la aventura serían compensados con tierra; por ejemplo, cuando entraron los primeros pobladores en lo que hoy pertenece al Cauca, la tierra se dividía de la siguiente manera:

Las quebradas, las agüitas, ellos calculaban de que esta loma po' aquí baja agua, entonces hasta allá atrás cogía el otro y de ahí ya lo marcaban y bueno este de ahí para allá ya es suyo, y de allá para acá, es de ella y como uno de ellos (mayores) siempre sabía leer y escribir, entonces él iba haciendo el plano en un cuaderno y le iba nombrando y le iba haciendo el plano, le iba anotando, y en los palos también los dejaban marcados en el palo le dejan marcado con carbón y machete —aquí este lote es de ella— y así. (Dagua, comunicación personal, 2015)

En consecuencia, la posibilidad de ser propietario atrajo a muchas personas que, después de abierta la trocha, empezaron a poblar la zona de manera más intensa. Llegaron colonos de todas partes del país, con dos objetivos puntuales: 1) buscar trabajo y 2) conseguir tierra y establecerse.

Por otra parte, se tuvo que trabajar para hacer un camino más corto —el de entonces era muy largo—, con miras a comunicar la región con el departamento del Cauca, por donde se pudiera salir y entrar de manera más rápida. Y así empezó el actual camino, de herradura con empalados. Niños y niñas: ¿alguna vez han indagado por los nombres? ¿De dónde vienen? Pues a mí me picó la duda, me puse a averiguar y me contaron lo siguiente:

Fotografía 12. Paisaje Alto Naya



Fuente: archivo del proyecto.

Anteriormente, el camino no tenía nombres como ahora, por ejemplo —ya ahora fue que ya le pusieron—. Bueno acá arriba de las piedras no había campamento, no había donde posar... Y posábamos en unas piedras —que hay todavía ahí, en la subida—, las piedras eran las de nosotros quedarnos ahí, dormíamos y al día siguiente madrugábamos para adentro... y no tenía, porque digamos en ese tiempo Patio Bonito todavía no tenía nombre. Ya tuvo nombre cuando pusieron la casita ahí para vender comidita, entonces ahí le pusieron Patio Bonito. Más abajo, donde un señor que se llama Polo, allí era un

enterradero para las bestias, era una lucha, entonces ahí lo empalancaron y ahí le pusieron el nombre del Empalancado. Preguntaban: “¿dónde iba fulano?” “Ahí cerquitica, al empalancado”, ya sabía uno dónde estaba. Y ya bastante abajo, por ejemplo, las lomas esas, por ejemplo, la primera nosotros le decimos La Pálida, porque es la más dura subiendo de allá pa’ acá. Y la otra de más abajo le decimos La Fatigosa, porque ahí es donde comienza la fatiga a uno y ahí en la última que es la más larga le da la pálida a uno.

Fotografía 13. Camino al Alto Naya



Fuente: fotografía donada por la comunidad del Alto Naya.

Enseguida de la fatigosa se murió un gringo, que también se le ocurrió entrar para allá, que iba en busca de minerales, a eso iba para allá y no quiso llevar nada para alimentarse. En San Cayetano, que es una finca allí, él había comprado queso y unas arepas de maíz, le habían dicho que llevara algo más de comida, y él había dicho que no, que él llevaba pastas (drogas); que llevara abrigo, y él había dicho que no, que él eso no lo necesitaba. En su travesía lo cogió la lluvia atravesando esa cordillera y lo entrapó, y llegó a esa parte y ya no pudo caminar más y se sentó y dicen que el frío lo mato. Él murió ahí acurrucado, en esa parte donde estaba, y ahí lo enterraron, y a los tres meses pagaron para que lo sacaran de allá, pero entonces ya lo sacaron por aquí por Tierra Grata, porque ya la trochita estaba, la trochita peatonal, y ahí ya quedó ese nombre la “Loma del Mister” “¿A dónde iba fulano o fulano?”, el punto de referencia es la “Loma del Mister”, entonces ya uno sabía. (J. Mensa, comunicación personal, 2015)



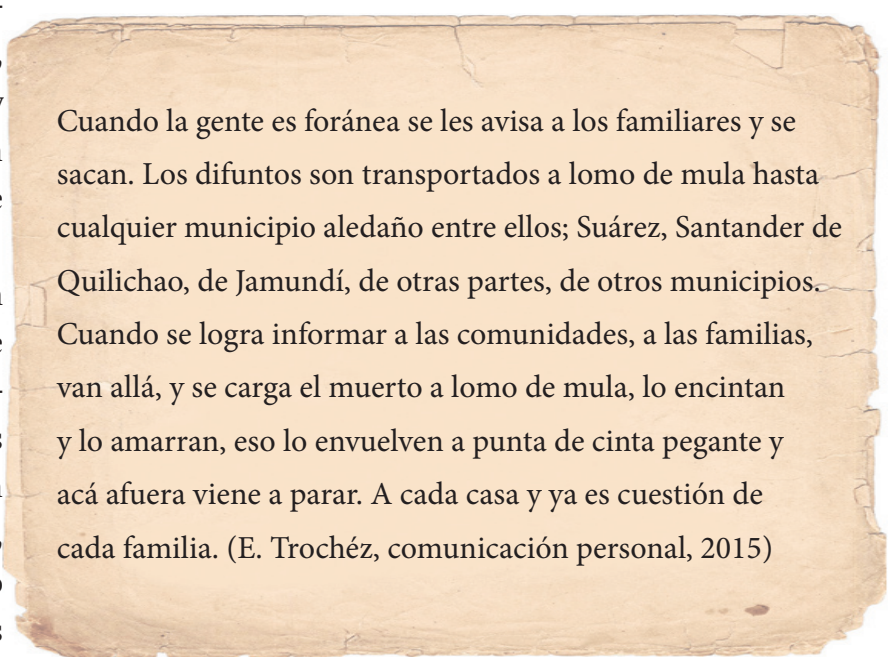
¿Que tal la historia de los nombres?! Ya con este camino, y con el trabajo realizado para ensancharlo y empalarlo, se hizo más solicitada nuestra ayuda a los nayeros, y con ello llegaron los arrieros, que, al igual que los campesinos, provenían de muchas partes del país, entre ellas Antioquia, Manizales, Nariño e incluso del mismo Cauca. Los arrieros son quienes nos guían por el camino y quienes nos alistan para las largas jornadas de trabajo; por lo general, son también los que nos alimentan: nos dan pasto picado con caña, mogolla, agua miel, maíz y, a veces, concentrado. Pero si hay algún potrero para estar, nos sueltan y nos deleitamos con hojas de batatilla o de árbol de pan, mmmm... ¡qué rico! Se me hizo agua el hocico, mejor hablemos del trabajo...

Los arrieros son por lo general empleados, es decir, no son los dueños de las mulas; muy pocos tienen propiedad sobre nosotras, la mayoría de mis compañeras son de los finqueros. Estos hombres y mujeres nos acompañan en las jornadas de trabajo. A veces nos alquilan a los vecinos que necesitan de nuestra ayuda para traer remesa, gas para la cocina, ollas, sillas o cualquier otro objeto para la casa o el trabajo; incluso para entrar materiales de construcción. A mis compañeras les tomaron unas fotos que dan cuenta de lo difícil del camino...

Les cuento: las mulas tenemos muchos otros trabajos; cuando nadie se ofrece para un trabajo particular, nosotras siempre estamos dispuestas. Una de esas tareas es sacar a



los muertos que no son del Naya o que deben ser enterrados afuera, a petición de las familias que están por fuera del territorio. Lean lo siguiente para que sepan cómo es este proceso:



Cuando la gente es foránea se les avisa a los familiares y se sacan. Los difuntos son transportados a lomo de mula hasta cualquier municipio aledaño entre ellos; Suárez, Santander de Quilichao, de Jamundí, de otras partes, de otros municipios. Cuando se logra informar a las comunidades, a las familias, van allá, y se carga el muerto a lomo de mula, lo encintan y lo amarran, eso lo envuelven a punta de cinta pegante y acá afuera viene a parar. A cada casa y ya es cuestión de cada familia. (E. Trochéz, comunicación personal, 2015)

Cuenta la historia que a un compañero macho le tocó sacar muchos muertos, en compañía de un señor con sobrenombre “funeraria”. Este hombre era la persona

indicada. Le decían “Se murió tal fulano”, y él se encargaba. Nosotras fuimos bañadas con alcohol:

Él bañaba a la mula con alcohol y después le engarzaba el muerto y pa' afuera hermano; y cuando salía, ahí cuando descargaba el muerto, ahí la volvía y la bañaba con alcohol. Nosotros le preguntábamos de por qué hacía eso y nos decía que si él no hacía eso, que la mula cogía el frío del muerto y la mula se muere, y ese era el sistema, entonces. Él era quién contaba y le tocaba luchar solo por ese camino con el muerto. (E. Trochéz, comunicación personal, 2015)

Como ven, mi trabajo no es nada fácil, merece una recompensa, y por eso tiene un pago. Una persona que requiera mis espaldas puede pagar por trayecto más de cien mil pesos, si es que quiere salir o entrar de la región del Alto Naya con nuestra ayuda. Hay una tarifa diferencial en el territorio: dependiendo del trayecto que hagamos, se cobra desde veinte mil en adelante.

Con nuestro relato, el de Malanga y el mío, espero que tengan una idea de cómo se empezó a gestar el Naya y la vida de los primeros pobladores. Nuestra compañía ha sido vital, todos los

días estamos caminando por estas trochas, con barro, desfileros, peñas lisas, y lo más importante, con mis grandes amigos nayeros. Gracias a ellos llegué y he vivido en el Naya.

Son tantas las historias que he escuchado y vivido. A continuación encontrarán un relato de lo que piensan los nayeros sobre mí. Por ahora, chicos, les comparto estos escritos que me han regalado mujeres que viajan y viven conmigo. Ellas van cargadas de sueños, ilusiones y significados, y yo siempre escucho sus historias de amor, dolor y pasión... Ellas son las que comparten conmigo y me dan un lugar importante entre los nayeros.



Figura 3. Significado del Naya
Fuente: Yeimy Milena Campo - 2000.

